

## DISCURSO INAUGURAL

por Carlos Miralles

Aunque sólo sea por las obligaciones que mantienen hoy alejado de nosotros al Dr. D. Virgilio Bejarano, Presidente de la Sección de Barcelona de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, lo cierto es que, como Vicepresidente, me ha tocado a mí esta grata misión de dirigir a Vdes. unas palabras de bienvenida con ocasión de la apertura del III, ya, Simposio de esta Sección de Barcelona.

Cinco años es, de hecho, poco tiempo. Pero han pasado cinco años desde nuestro I Simposio en Ripoll, y este dato confiere al tiempo transcurrido una relativa importancia. No sólo porque entonces había entre nosotros más de uno que ahora anda por otras tierras de España, con su griego y su latín enderezando alumnos, o intentándolo. También porque otros han ocupado su lugar, con unas ganas y un tesón, a menudo, que permiten que se cifren en ellos todas las esperanzas y que podamos ver nuestros temas de estudio y de reflexión como algo vivo. Hay, en efecto, como un ritmo, como una respiración, en las cosas vivas, que persiste y se extiende, a merced de los distintos cambios y a pesar de las circunstancias menos favorables: *nunc hic, nunc illic superant utilia rerum, et superantur item.*

Con ocasión del II Simposio, en Vilanova i la Geltrú, Emilio Lledó nos exhortaba, en sus palabras inaugurales, a repensar las bases de nuestra profesión filológica, de nuestra relación con los clásicos y con nuestro tiempo. Formulaba entonces aquella pregunta de Rilke que está ya en Teócrito: ¿para qué poetas en tiempo menesteroso? ¿Para qué filólogos?, ampliaba Lledó. Me permitirán Vdes. no salir del círculo de nuestros *symposia* para seguir, de momento, por este camino. Muchos de nosotros recordamos, sin duda, una de las más admirables conferencias que en ellos hemos oído, la de Eduard Valentí en Ripoll, cuando el I. Vibraba allí, como en toda su obra, la negativa a perder el hilo que nos une con nuestro pasado; la labor de Valentí niega a la vez dos cosas: que el pasado tenga sentido sin el presente y que pueda existir una plena vivencia cultural del presente sin contar con el pasado, ese espejo de mezquindades y de gloria que nos cuenta qué somos y de dónde. De lo cual, desde luego, no debe por las buenas inferirse que nuestro pasado son únicamente los clásicos antiguos y que sólo con su estudio estamos ya en las nubes del más sublime humanismo. Los clásicos son un eslabón —es posible conjeturar que básico—, un punto importante en una sucesión de hechos que llevan hasta hoy; pero no son el único eslabón, ni el único punto importante. Lo que sí puede decirse sobre ellos es que su legado es fundamental, previo; pero el humanismo sólo nace, como el fuego, del roce: de la confrontación y del diálogo, de gentes y de épocas, aceptando el carácter

histórico y relativo de las diversas opiniones, de las distintas circunstancias. Justo algo que muy poco se parece a la noción más pervulgada de lo clásico. Para nosotros los clásicos no pueden ser ya algo intemporal y absoluto precisamente porque la ciencia filológica cuyos métodos utilizamos a diario tiene que trabajar sobre algo concreto y reductible, en última instancia, a situaciones y a hechos humanos, tan relativos, en principio, como cualesquiera otros.

De ahí la apurada situación en que nos debatimos siempre: como profesionales de unas disciplinas usamos una metodología que tenemos en común —a grandes rasgos— con otros profesionales, y como apologistas de las nuestras no hemos remozado, de hecho, los grandes tópicos de una época que fue dorada, pero que, evidentemente, no es la nuestra. Lo cual, con todo, no significa que estos grandes tópicos no contuvieran verdades digamos universales, pero cuyo sentido, como siempre, no es el mismo confrontado con nuestra realidad. Repetirlos sin más no pasa de ser una fantasía morbosa en la que no queríamos incurrir en modo alguno.

La base de la irrenunciable convicción que preside cuanto hacemos y que, por ejemplo, nos reúne hoy aquí, es algo que forzosamente hemos de compartir con todos los demás cultivadores y profesionales de las antano llamadas humanidades, a saber: que no podemos renunciar a una antigua idea, muy desacreditada hoy, que la historia es maestra de vida. Puede que nosotros no creamos, como creían los antiguos, que las humanas vicisitudes se suceden y entrelazan, cíclicamente, ni que la historia se repite. Pero esto no es incompatible con la apreciación de la importancia, del magisterio de la historia: ¿qué es el hombre sin memoria de especie, sin recuerdo? El presente no es más que un punto fugaz entre algo que es previsible que sea, que está ya siendo, y algo que ha sido: ¿cómo, a partir de qué construir el futuro, sin recuerdo, sin base? La fijación de lo pasado en el recuerdo para siempre: eso, y no otra cosa, es lo que marca el inicio de la historia humana, del futuro consciente. Y si la libertad es requisito esencial en la construcción de este futuro, ¿qué libertad madura sin piedra de toque, sin memoria de acciones y de vida en que confrontarse? Si el tiempo, que hace envejecer, es, como se lee en un viejo verso esquilero, maestro de todo; si esto es así, ¿cómo dar en el pozo sin fondo del olvido con tantos esfuerzos, con tanto tiempo como nos ha precedido? .

En estos planteamientos y en estas preguntas es posible conjeturar que nos acompañan, o que deberían acompañarnos, todos aquellos profesionales cuyo trabajo versa sobre el estudio y la conservación, en última instancia, del pasado, y sobre la inserción y el recuerdo de todo esto en el futuro. Lo que de ellos nos distingue es solamente que a nosotros nos ha tocado ser los más pertinaces defensores del pasado: lo nuestro está más lejos, y cuando se trama (no sé si conscientemente o no) algo así como la abolición de nuestra memoria de especie, lógico es que se hayan puesto primero los ojos en el griego y en el latín; también porque son la base sin la cual las humanidades, las otras, empezarán a tambalearse.

La abolición del tiempo histórico es obra de la técnica moderna: ella ha mudado la geografía, el espacio y el tiempo del hombre tales como tradicionalmente habían venido siendo. Pero eso es algo que todos sabemos y aceptamos, en principio, no como un mal. Merced a ello es que el público también de nuestros estudios superiores y de nuestras universidades está cambiando: los ojos del hombre se fijan esperanzados en la técnica y ésta lo manipula a su antojo; es ella la que solicita especialistas que extrae indiscriminadamente de la clase obrera y de la media. El lugar tradicional de la burguesía en nuestra

civilización resulta invadido, desbordado, y su función replanteada; eso pasa con las aulas que habían venido siendo su patrimonio exclusivo cuando no había crisis en nuestros estudios ni, desde luego, en las humanidades en general.

Yo me resisto a suscribir que esta evolución, o transformación, o hasta revolución, si Vdes. quieren, sea un mal, en principio. Lo que sí suscribo es que nos deja en un callejón sin salida aparente: la tecnificación se ofrece, a los ojos de todos, como un bien; es lógico, pues, atender a sus exigencias, si bien cualquiera que goce de sus adelantos y ventajas es consciente de que habría que ponerle algunos límites en estas exigencias. Pero, para ello, primero hay que estar instalado en estos adelantos y en estas ventajas; antes de ello sólo pueden ofrecerse como metas a las que hay que llegar, y no sermonearle a uno que no ha llegado con que se abstenga en vista del mal que puede sobrevenirles a los ya instalados.

Desde el punto en que estamos nuestro problema recobra, yo creo, su importancia y, a la vez (lo que no deberíamos olvidar nunca), aparece como una crisis concreta, y con sus límites, en otra más general. Soy consciente de que con ello me salgo un algo, quizá, y quizá también no de acuerdo con el gusto de todos, de los planteamientos usuales. No podemos limitarnos a las abstracciones: los juegos de este tipo no salen del papel, magníficos, si acaso, significantes pero que no llegan a lograr una deseable coherencia significada.

Quede entendido que nada de esto tiene que ver ni con reducir nuestros estudios a un puro nivel de tecnificación —que no es el que históricamente les corresponde— ni con aceptar que se esté forjando un nuevo humanismo tecnológico —que es lo que pomposamente se oye proclamar a veces— de espaldas al anterior. Las distintas concepciones del hombre que se sucedan no pueden sino ser solidarias. Pero eso tampoco significa que, por nuestra parte, no estemos dispuestos a reconocer lo que de positivo no ya aporte, sino ha aportado, de hecho, la técnica al hombre contemporáneo.

Lo que sucede, en el fondo, es que las humanidades de que hablábamos bien se sienten influenciadas y aceptan la influencia, cuando les parece plausible, de la técnica. Y que, en cambio, ésta no se ve muy dispuesta a actuar a la recíproca. Esto es cierto, pero vuelve a ser una formulación general; la concreta, más viva y naturalmente mucho más compleja, es la que decíamos antes. Y lo cierto, también, es que no debemos abandonar esta lucha pero que debemos confrontar continuamente, sin tregua, sus propósitos con esta realidad más concreta que es la nuestra y en la que, nos guste o no, estamos instalados. Nuestra fe debemos ponerla en la razón de nuestros estudios, pero también, y por difícil que a veces parezca, en esta marcha acelerada del progreso técnico que nos ha tocado vivir. *Ek tón diapherónton*, reza un enigmático, tremendo fragmento de Heráclito, *kallisten harmonían*. Si una armonía que valga realmente la pena como acorde de los distintos ideales humanísticos puede conseguirse a partir de opuestos que tienden tenazmente a parecer inconciliables, nunca hubo un momento como éste. Podemos, en efecto, esperar que Prometeo haga las paces con Zeus recordando aquella ocasión en que quien ganaba era Zeus, irritado por las posibilidades que el fuego y la tecnología incipiente nos proporcionaban. Las humanidades hicieron su pacto con Zeus y ahora han visto cómo cambiaban las tornas; quizá ellas también contribuyeron a suavizar el corazón de Zeus y ahora esperan la respuesta del otro lado. Esta respuesta no va a lloverles benigna del cielo de un momento a otro. Tendrán que ganársela. A mi juicio, para ello cuentan, fundamentalmente con el arma misma de que se sirvió Prometeo: también ellas son depositarias de una razón que se refiere a los límites de la técnica y que el tirano de hoy, en otro tiempo condenado por su *Philanthropía*, no puede hacer sino aceptar.